



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9706

## PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 12 DE MARZO DE 1894.

## CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jouis, Faubourg Montmartre, 31.

## NOVEDADES

### EN EL MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Cafes de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estuas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad. PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

## EL MINISTRABLE

(Colaboración inédita)

—¡Al fin! se dijo el bueno de don Fernando Fernández de la Fernandina, cuando leyó en los periódicos la noticia detallada y oficial de la crisis.

Y de su pecho se escapó un suspiro hondo, que revelaba á un mismo tiempo satisfacciones íntimas y esperanzas muy grandes.

Estaba plenamente convencido de que sus méritos eran excepcionales y dilatados sus servicios. El había aceptado las actas de diputado que los ministros de la Gobernación habían tenido á bien concederle.

Jamás se abstuvo en votación alguna, ni habló mal del gobierno en el salón de conferencias. Además, jugaba al tresillo con la cuñada del Presidente, y dejaba siempre que le diesen codillo, no sólo porque lo conceptuaba un deber de galantería, sino también porque así no quebrantaba la disciplina del partido.

Más de una vez había abierto la portezuela de los coches para que los ministros no se molestasen, y

estaba muy al tanto de las veces que tosía el presidente al cabo del día, y de otros muchísimos detalles que le daban aires de ilustre procer y de personaje conspicuo. Su sueño dorado era ser ministro, y convenido como estaba de que debía serlo, decidió quedarse en casa (para no hacerse esperar cuando el presidente le llamase) desde el momento mismo en que la crisis quedó planteada oficialmente.

Buen cuidado puso D. Fernando Fernández de la Fernandina en que los periódicos dijese que se le indicaba para una de las carteras vacantes.

No estaba de más el recuerdo, porque, aunque sus méritos eran «excepcionales y dilatados» sus servicios; tenía tantas cosas en que pensar el presidente.

Amigos eficaces le felicitaban preguntándole cuando juraría. Fernández contestaba con un misterio displicente *no sé nada*, que equivalía á decir:

—Juraré de un momento á otro.

Por de pronto había mandado que le tuviesen dispuesto el traje de etiqueta.

Un ministro nuevo está dispensado de jurar de uniforme. No obstante, había conferenciado secretamente con su sastre, para cerciorarse de cuánto costaría un uniforme flamante y reluciente.

—Póngale á la casaca—había dicho Fernández—bastantes presillas para las grandes cruces. Porque aunque el ministrable no tenía ninguna, como tal vez entraría en Estado, esperaba que se apresurasen á condecorarle los gobiernos extranjeros.

Para conseguirlo, seguía dejando dar codillo cuando jugaba con los embajadores.

¡Crisis laboriosa era aquella! Los periódicos daban abundantes pormenores de los trabajos del presidente. A las doce había conferen-

ciado con Fudáñez, á la una y dos minutos con Mengáñez, con Perengáñez á las dos y siete segundos. Estaban además citados, de 15 en 15 minutos, otros muchos personajes del partido.

—Es extraño—decía Fernández cuando leía ávidamente los periódicos. Es extraño que yo no haya recibido recado todavía.

Y por si acaso era un olvido del presidente, volvió á recomendar á los periodistas sus amigos, que no se olvidasen de indicar para una de las carteras vacantes al eminente estadista D. Fernando Fernández de la Fernandina.

Pero ¡oh! desgracia! El presidente no había tenido tiempo de leer la prensa... y no se había acordado de Fernández, que se quedó sin cartera, sin grandes cruces y sin el uniforme encargado. Pensó en pegarse un tiro ó en realizar una disidencia ó en dirigir un comunicado á los periódicos censurando en los términos más duros que se pudiesen permitir á un estadista eminente, la solución inopinada, impolítica y «contraproducente» de la crisis laboriosa.

Pero desistió de tales propósitos, ante la probabilidad de que nadie le haría caso, y además porque se le ocurrió una idea luminosa. ¿No era amigo suyo el nuevo ministro de la Gobernación? Pues no era mucho que hiciese á un ilustre procer y personaje conspicuo secretario de gobierno de provincia.

Lectores. Declaro noblemente que D. Fernando Fernández de la Fernandina no es ninguno de los «ministrables» que ustedes conocen, aunque lo parezca.

CALIXTO BALLESTEROS.

## TIJERETAZOS

Los sevillanos son gente que lo entienden.

Cuando va á llegar la semana santa se dirigen á la compañía de los ferrocarriles pidiendo rebaja de trenes, y esta, que también es una compañía que entiende su negocio, lo concede enseguida.

Mediante esa rebaja los madrileños podrán ir y volver de Sevilla por tres duros no más.

Aquí ni agua.

La compañía de la M la Z y la A no rebaja ni dos céntimos.

Es verdad que tampoco hay quien se lo pida.

El Centro Consultivo de la Armada ha aprobado las bases para la construcción de los diques de la Carraca y Cartagena.

¿Se podrá creer eso?

Como lo dice «El Imparcial y este periódico está siempre mal en las noticias de Marina...»

Aunque bien pudiera ocurrir que acertara una vez.

El paso de Martínez Campos por Mazagán ha quedado bien señalado.

Así se desprende de las siguientes líneas que publica un periódico:

«También se ha recogido por suscripción la cantidad necesaria para adquirir un órgano con destino á la misión franciscana de Mazagán.»

Libreme Dios de comentar la noticia. No hago más que anotar y seguir adelante.

Dice «El Imparcial» hablando por boca de un corresponsal en Marrakesh:

«El plazo para la demarcación de la zona neutral quizá sea más breve de lo que se había dicho, y en este caso antes de Noviembre deberá hacerse la delimitación.»

Se dijo que para el verano.

Pero si hacerla en Noviembre es más breve, será por que en el almanaque de los meses el mes de Agosto vendrá después.

Con noticias como esa no es de extrañar que estemos siempre á oscuras.

El ministerio inglés se compone de diez y siete ministros.

¿Qué lástima que el de España no se componga de otros tantos!

¿Verdad, señores aspirantes?

¿Cuánto más fácil sería en ese caso resolver una crisis!

Dice un periódico que una plaza de oficial de Sala que hay vacante en la audiencia de Madrid y que es solicitada por veintitres abogados, se le va á dar á un individuo que no es letrado.

¿Y qué?

Aquí donde no necesita ser ni siquiera médico el director general de Beneficencia y Sanidad ¿puede extrañar algo?

Telegrafía el gobernador de Palencia que han sido robadas las arcas municipales de Cervera de Rio Pisuerga, ignorándose quienes sean los autores del hecho.

Si eso lo sabe cualquiera.

¿Quiénes han de ser sino los ladrones?

## NOTAS

Mal quiera *El Imparcial* al Sr. Moret.

Con la mayor inocencia y la mejor intención, le coge en 1871 y no le suelta hasta hoy, señalándole de pasada todas las cosas malas hechas por él.

Todo para probar que el Sr. Moret es hombre poco serio, aunque es buen orador.

¡Qué amigos tienen, Benito!—hemos exclamado al dar fin á la larga serie de cargos que el periódico madrileño hace contra el Sr. Moret.

No son pocos ni poco fuertes ¡qué demontre! pero esas acusaciones del periódico, que en otra parte de Europa inutilizarían á un ministro, aquí son música celestial.

Si para muestra sobra un botón, allá vá el botón de la muestra. Es de gran tamaño, pero no el mayor. Las torpezas achacadas por *El Imparcial* al Sr. Moret, son todas de igual bulto, así es que todos los botones son igualmente grandes.

Después de la guerra separatista, que nos hizo consumir en la isla de Cuba muchas vidas y muchos millones, vino de allí una reclamación que el ministro de Estado Sr. Moret admitió como buena; pero resultó que el reclamante, que es el célebre Mora, era súbdito español y se había naturalizado súbdito americano, después de sufrir las pérdidas que reclamaba.

El Sr. Moret admitió la reclamación del gobierno de los Estados Unidos, y

EL ÚLTIMO MOHICANO.

359

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

sión de las aguas del lago, que parecían otro firmamento líquido adornado con miles de estrellas.

El aspecto melancólico de este individuo, que seguía apoyado en el parapeto, entregado al parecer á sombrías reflexiones, su alta estatura, la hora, todo se reunía para no dejar al observador oculto que espiraba sus movimientos, ninguna duda de que era el comandante del fuerte.

La delicadeza y la prudencia le ordenaban ya que se retirase, y daba la vuelta al árbol para hacerlo sin ser notado, cuando otro ruido llamó su atención, y se detuvo por segunda vez: aquel ruido parecía debido al movimiento de las aguas del lago, pero no como el que hacen estas cuando el viento las agita, pues solo se oía á intervalos.

Poco después vió el cuerpo de un indio levantarse en la orilla del lago, salir sin ruido por la playa, adelantarse hacia él, y detenerse al otro lado del árbol detrás del cual se hallaba oculto. El cañón de un fusil se dirigió enseguida hacia el baluarte, pero antes de que el salvaje hubiera tenido tiempo de disparar, la mano del oficial estaba ya sobre el gatillo del arma mortífera.

El indio, cuyo cobarde y pérfido propósito se encontraba así deshecho de un modo tan inesperado, lanzó una exclamación de sorpresa.

Sin pronunciar una palabra el oficial francés apo-

lago, bastante cerca del bastión occidental del fuerte para que la vecindad pudiera ser peligrosa.

Algunas nubes rodaban por la atmósfera, y una de ellas ocultaba en aquel momento el disco de la luna, de modo que esta no daba mas que la luz necesaria para distinguir confusamente los objetos.

Pomó la precaución de colocarse detrás del tronco de un árbol corpulento, y permaneció apoyado en él algun tiempo, pareciendo contemplar con profunda atención las silenciosas fortificaciones de William-Henry. Las miradas que dirigía á los baluartes, no eran las de un espectador desocupado y curioso. Sus ojos parecían distinguir los puntos fuertes de los débiles, y sus investigaciones tenían cierto carácter de desconfianza.

Por último pareció quedar satisfecho de su examen, y mirando con expresión de impaciencia las cimas de las montañas del lado de levante, como si le tardara ver la aurora, iba á volver sobre sus pasos, cuando un ligero ruido que sintió en el baluarte cercano le hizo permanecer quieto.

Entonces vió á un hombre aproximarse al borde de la muralla, pareciendo contemplar á su vez las tiendas del campamento francés, que se percibía á alguna distancia. Dirigió también una mirada hacia oriente, como si temiera ó deseara la llegada del día, y volvió enseguida los ojos hacia la vasta exten-

## Capítulo XVI



Los ejércitos enemigos acampados en las soladuras del Horicán pasaron la noche del 9 de Agosto de 1857, próximamente como la habrían pasado si se encontraran en el mejor campo de batalla de Europa: los vencidos, en la postración de la tristeza; los vencedores, en la embriaguez del triunfo. Pero hay límites, tanto para la tristeza como para la alegría, y cuando avanzó la noche, el silencio de aquellos inmensos bosques no era interrumpido más que por la voz indiferente de algún joven francés cantando algún aire de su país, ó por el quien vive? de los centi-